

LECCION XV.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,
POR MEDIO DE LA FE.

Artículo octavo del Símbolo. — Influencia social. — Espíritu Santo. — Su divinidad. — Sus apariciones. — Historia. — Sus obras. — Sus siete dones. — Sus doce frutos. — Bienaventuranzas. — Influencia social del artículo octavo del Símbolo.

El pecado habia separado al hombre de Dios; y como en Dios hay tres personas, el nuevo Adan debia, para reparar las consecuencias del pecado, reunirnos con aquellas tres adorables personas. Hemos visto ya lo que debemos creer de las dos primeras para unirnos á ellas por la fe; réstanos exponer lo que debemos creer para unirnos á la tercera. El artículo octavo del Símbolo contiene lo que debe ser objeto de nuestra fe sobre este punto, y está concebido en estos términos: *Creo en el Espíritu Santo.*

Con estas palabras hacemos profesion de creer en el Espíritu Santo, como creemos en el Padre y en el Hijo: confesamos que les es igual en todo; que tiene el mismo poder, la misma eternidad, la misma divinidad; en una palabra, que es Dios como el Padre y el Hijo, y que tiene derecho á los mismos homenajes y á las mismas adoraciones.

La divinidad del Espíritu Santo nos es claramente revelada en gran número de pasajes de la Escritura: bastará citar algunos. Nuestro Señor Jesucristo al enviar á sus Apóstoles á predicar el Evangelio, les dijo: *Id pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*¹. Es evidente que reconoce en el Espíritu Santo el mismo poder que en las otras dos personas de la santísima Trinidad; lo pone en la misma línea; luego proclama que es Dios como el Padre y el Hijo. San Pedro dijo á Ananías: *Porque tentó Satanás tu corazón, para que mintieses tú al Espíritu Santo; y luego añade: Tú no mentiste á los hombres sino á Dios*². En la misma frase el vicario de Nuestro Señor, el oráculo infalible de la verdad, da el incommunicable nombre de Dios al que acaba de llamar Espíritu Santo. ¿Puede significarse mas claramente la divinidad del Espíritu Santo? Por su parte san Juan nos dice: *Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una*

¹ Matth. xxviii, 19.

² Act. v, 4.

*misma cosa*³. De modo que tienen igual residencia, iguales atribuciones, igual unidad de naturaleza; tal es lo que san Juan nos dice pertenecer al Espíritu Santo, junto con el Hijo y el Padre. Hallad, si es posible, otra prueba mas clara de la divinidad del Espíritu Santo. La misma verdad está expresada con igual certeza en la siguiente fórmula que desde los Apóstoles hasta nosotros pasa de boca en boca y se repite millones de veces al dia, como para hacer incesante la profesion de fe del mundo católico en la divinidad del Espíritu Santo: *Gloria al Padre, gloria al Hijo, y gloria al Espíritu Santo*, etc. Pero ¿qué necesidad tenemos de extendernos mas, cuando tenemos el Símbolo de los Apóstoles, el de Nicea y el de Constantinopla, y cuando todos nos enseñan el mismo dogma?

No solo creemos que el Espíritu Santo es Dios, sino que creemos tambien que procede del Padre y del Hijo; proceder significa recibir el ser, lo que no quiere decir de modo alguno que el Espíritu Santo ha sido formado, criado ó engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo necesariamente y de toda eternidad, no por via de generacion, sino por aspiracion, segun el lenguaje de la teología. El Padre se contempla eternamente, y eternamente produce su Verbo al contemplarse; el Padre y el Hijo se aman eternamente, y eternamente producen el Espíritu Santo que es su amor consustancial y como ellos una persona divina⁴. La fe católica está positivamente formulada sobre este punto así por los santos Padres, como por los concilios de Oriente y de Occidente, entre otros por el concilio de Lyon, que se expresa en estos términos: *Confesamos fielmente y con piedad que el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo, no como de dos principios, sino como de un principio; no por dos aspiraciones, sino por una sola aspiracion*⁵.

¿De dónde dimana que se dé á la tercera persona de la augusta Trinidad el nombre de Espíritu Santo, á pesar de que el Padre y el Hijo sean tambien espíritus, y espíritus santos, á pesar de que lo sean igualmente todos los Ángeles del cielo y las almas bienaventuradas? ¿Cómo este nombre, comun á muchos, puede convenir á uno solo? Hé aquí la respuesta: Es cierto que la santísima Trinidad en su naturaleza y en sus personas es espíritu santo; sin embargo, como la primera persona tiene un nombre propio que es el de Padre, y la segunda el de Hijo, se ha dejado á la tercera persona el nombre comun de Espíritu Santo para distinguirla de las otras dos y para hacer comprender sus operaciones. Es cierto tambien que los Ángeles y las almas bienaventuradas son espíritus santos; mas siendo simples cria-

⁴ I Joan. v, 7.

⁵ Véase santo Tomás, 1 p. q. 36, 1, 2, 3, 4; *Historia de la Iglesia, concilio de Florencia*, pág. 547.

³ Labbe, *Act. concil.*, etc.

turas, solo son santos por la gracia, mientras que el Espíritu Santo es santo por naturaleza y fuente de toda santidad; así pues, muy justamente se le llama por excelencia el Espíritu Santo.

Como el del Padre y del Hijo, el nombre del Espíritu Santo viene, no de los hombres, sino del mismo Dios; así nos lo enseña la Escritura, la que lo repite mas de trescientas veces, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Por otra parte, como acabamos de indicar, este nombre conviene admirablemente para expresar las operaciones del Espíritu Santo: la fe nos enseña que todas las operaciones exteriores de Dios, excepto la encarnacion, son comunes á las tres personas de la santísima Trinidad; así es que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son igualmente creadores y conservadores del mundo; santificadores y remuneradores de los hombres; sin embargo, se atribuyen particularmente al Padre las obras del poder; al Hijo las de la sabiduría, y al Espíritu Santo las del amor.

Ahora bien, como la santificacion de las almas y la Iglesia, que es su instrumento visible, son las obras por excelencia del amor de Dios para nosotros, son atribuidas al Espíritu Santo, eterno amor del Padre y del Hijo. En efecto, si recorremos la Escritura, veremos en la antigua alianza, lo mismo que en la nueva, presidir el Espíritu Santo á todas las obras de santificacion, así como á la formacion y al gobierno de su Iglesia. Concretándonos á la ley de gracia, el Espíritu Santo forma la Iglesia, cambia á los Apóstoles en hombres nuevos, llena á los fieles de luces y de dones sobrenaturales; dirige á los Apóstoles en sus expediciones, preside en los Concilios, sostiene á los Mártires, y les inspira aquellas admirables contestaciones que sellaban los labios de los tiranos; vivifica las almas por medio de los Sacramentos, y las santifica con las gracias interiores que les comunica. Hé aquí por qué la Iglesia, y en la Iglesia todas las naciones y asociaciones cristianas no olvidan jamás el invocar al Espíritu Santo en las grandes circunstancias en que se trata de disipar las tinieblas con que el pecado y el demonio han oscurecido nuestras almas, ó de triunfar de las dificultades que se oponen á la obra de nuestra santificacion.

El Espíritu Santo ha aparecido varias veces en la tierra y bajo diferentes símbolos, segun la naturaleza del misterio por que descendia. En el bautismo de Jesucristo Señor nuestro se manifestó en forma de paloma, para darnos á conocer la inocencia y la dulzura infinita del divino Maestro; en la transfiguracion, en forma de nube, para manifestarnos que aunque el Salvador pareciese semejante á nosotros, era sin embargo el Hijo de Dios, y que su divinidad estaba oculta bajo el velo de su humanidad; finalmente, el dia de Pentecostes en forma de lenguas de fuego, para anunciar á la vez la unidad de amor, de creencias y de lenguaje que en adelante distinguiria á la Iglesia, reparando solemnemente uno de los mas tristes y mas palpables efectos

del pecado, la division de los corazones y la confusion de lenguas y de ideas¹.

Las nociones que preceden y las que siguen son de importancia extrema; en efecto, importa mucho á todos conocer bien al Espíritu Santo, á fin de amarle vivamente y de invocarle con frecuencia. En primer lugar, es Dios como el Padre y el Hijo; en segundo lugar, es particularmente el autor de nuestra santificacion, de la cual no podemos nosotros obrar ni la menor parte, ni aun invocar el nombre de Jesús sin el auxilio del Espíritu Santo². Finalmente, es necesario de toda necesidad que evitemos el pecado contra el Espíritu Santo, pecado de tal modo grave, que Nuestro Señor declaró que los pecados cometidos contra el Hijo del Hombre serian perdonados, pero que el pecado contra el Espíritu Santo no lo seria ni en este mundo ni en el otro³.

Nada mas terrible que los castigos fulminados y que fulmina Dios cada dia, aun en la tierra, por los pecados contra el Espíritu Santo; entre infinitos ejemplos, citarémos solo uno: el de los Griegos. Desde el origen de la Iglesia, los Griegos, impulsados por el espíritu del mal, no cesaron de atacar la tercera persona de la santísima Trinidad. Macedonio, patriarca de Constantinopla, se atrevió á negar su divinidad; mas tarde, su herejía, aunque condenada por la Iglesia, reapareció bajo diferentes formas y atacó la procedencia del Espíritu Santo. La Iglesia de Roma nada omitió para conducir otra vez á los Griegos á la verdadera fe, hasta que despues de muchas tentativas infructuosas firmaron en Florencia el Símbolo católico; mas apenas estuvieron de regreso á su patria, cuando se retractaron y continuaron sus blasfemias contra el Espíritu Santo.

Este último crimen colmó la medida; el nuevo deicidio debia ser castigado como el primero, y aquí empieza entre la ruina de Jerusalem y el saqueo de Constantinopla una terrible analogía que no ha escapado por cierto á los ojos de los observadores cristianos⁴. Los Judíos blasfeman durante tres años contra Nuestro Señor Jesucristo; los Griegos, despues del concilio de Florencia, blasfeman durante trece años contra el Espíritu Santo: siniestras predicciones anuncian en Jerusalem el castigo que no tardará en herirla; predicciones no menos si-

¹ Es sabido que hay prohibicion de representar el Espíritu Santo de otro modo que bajo la forma de una paloma ó de lenguas de fuego. (Véase Ferraris, *Verb. Spiritus Sanctus*.)

² Nemo potest dicere Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto. (1 Cor. xii, 3.)

³ Omnis qui dicit verbum in Filium hominis, remittetur illi; ei autem qui in Spiritum Sanctum blasphemaverit, non remittetur. (Luc. xii, 10; Matth. xii, 32; Marc. iii, 29.) — Al hablar del pecado en general, explicarémos el pecado contra el Espíritu Santo, y qué debe entenderse por imposibilidad de obtener su perdon.

⁴ Véase san Anton. *In Chron.* 3 part. tit. II, c. 13; Belar. *Lib. II de Christ.* 1, 30.

niestras anuncian igual suerte á Constantinopla. Tito, príncipe extranjero, así por el país como por la religion, pone sitio á Jerusalem al frente de sus legiones victoriosas; Mahometo II, príncipe extranjero también, así por el país como por la religion, se presenta delante de las murallas de Constantinopla, seguido de un ejército formidable. Los Judíos encerrados en Jerusalem se dividen y matan entre sí; los Griegos sitiados en Constantinopla se entregan á las mismas divisiones y excesos, unos contra otros. Al caer en poder de Tito, Jerusalem es destruida hasta en sus cimientos, y el imperio de los Judíos queda destruido, y sus habitantes arrastrados como esclavos: tomada por Mahometo Constantinopla, es entregada á horrores y á profanaciones mayores aun que las de que Jerusalem fué teatro; el imperio de los Griegos queda destruido, y sus habitantes, vendidos cual viles seres, son reducidos á la mas dura esclavitud.

Para que nada falte en la semejanza de ambos acontecimientos, Tito sitió á Jerusalem durante las fiestas de Pascua, aniversario del deicidio, y Mahometo sitió á Constantinopla en la misma época, apoderándose de la ciudad en 29 de mayo de 1453, á la una de la tarde, segundo dia de la fiesta de Pentecostes; de modo, que mientras la Iglesia latina, religiosamente reunida en sus templos, celebraba el solemne aniversario de la venida del Espíritu Santo y proclamaba altamente su divinidad, la Iglesia de Oriente, que al blasfemarle le negaba, caia bajo el yugo de la barbarie. ¿Qué consecuencia deduciremos de aquí, sino que de las dos catástrofes mas espantosas de que hace mencion la historia, la ruina de Jerusalem y el saqueo de Constantinopla, la primera fué el solemne castigo del crimen cometido contra la segunda persona de la santísima Trinidad, y la segunda el castigo no menos terrible de un crimen análogo cometido contra la tercera ¹?

Después de haber explicado cuanto se refiere á la persona del Espíritu Santo, fáltanos hablar de sus *dones* y de sus *frutos*, es decir, de algunos de sus beneficios y de sus operaciones en las almas.

Distínguense siete dones y doce frutos del Espíritu Santo. Los primeros, enunciados por el profeta Isaías, son: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios ². Para comprender bien el orden que nos proponemos seguir en la explicacion de los dones del Espíritu Santo y la grande importancia de tan preciosos dones, es preciso observar cuatro puntos esenciales: primero, que el profeta Isaías enumera los dones del Espíritu Santo empezando por el mas noble y concluyendo por el menos elevado, de modo que los siete dones del Espíritu Santo son como las gradas de una escalera,

¹ *Historia universal de la Iglesia*, siglo XV.

² Spiritus sapientiæ et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientiæ et pietatis .. Spiritus timoris Domini. (*Isai. xi, 2, 3.*)

de las cuales la mas inferior es el temor de Dios, y por la que se sube para llegar á la mas alta, esto es, á la sabiduría ⁴. Segundo, que los dones del Espíritu Santo son necesarios todos para la salvacion; que son inseparables, que se pierden por el pecado mortal, y se recobran por la penitencia. Hé aquí, sea dicho de paso, la razon del número siete tantas veces reproducido en las penitencias canónicas y en las indulgencias concedidas por la Iglesia ². Tercero, que los dones del Espíritu Santo no son movimientos pasajeros, pero sí hábitos sobrenaturales que nos perfeccionan y nos hacen dóciles á las inspiraciones de la gracia. « Ahora bien, dice santo Tomás, nuestra alma no es » guiada por el Espíritu Santo, sino en cuanto le está unida de algun » modo, así como el instrumento no es puesto en movimiento por el » operario, sino en cuanto está, por medio del contacto, unido en » cierto modo á este. La primera union del hombre con Dios se verifica por la fe, por la esperanza y por la caridad; de modo que estas » virtudes son como las raíces de los dones del Espíritu Santo. Hé aquí

⁴ S. Cyp. *De Lapsis*; S. Aug. *Serm. de Tim. Domini*; S. Greg. *Homil. XIX in Ezech.*

² Quantum ad secundum, scilicet quod dona ista sint necessaria ad salutem, probatur, quia supremum donorum et infimum sunt necessaria, ergo et intermedia. Nam dicitur de sapientia: *Neminem diligit Deus, nisi qui cum sapientia habitat vel graditur* (Sap. vii); et de timore dicitur: *Sine timore Domini nemo poterit justificari.* (Ecclesi. i, 28.) Ergo et alia necessaria. (*Id. ubi supra.*) — Santo Tomás amplía admirablemente este raciocinio; hé aquí sus últimas palabras: In ordine ad finem ultimum supernaturalem, ad quem ratio movet, secundum quod est aliquantulum et imperfecte informata per virtutes theologicas, non sufficit ipsa motio rationis, nisi semper adsit instinctus et motio Spiritus Sancti, secundum illud, Rom. viii, 14: *Qui Spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt... et hæredes*; et in Ps. cxlii, 10, dicitur: *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam*; quia scilicet in hæreditatem illius terræ beatorum nullus potest pervenire nisi moveatur et deducatur à Spiritu Sancto, et ideo ad illum finem consequendum necessarium est homini habere donum Spiritus Sancti. (1, 2, q. 68, art. 2, de Donis.)

Sunt autem ipsa septem dona connexa ad invicem, ut unum non possit haberi sine altero. (*S. Ant. id. id. § 5.*) — Sicut vires appetitivæ disponuntur per virtutes morales in comparatione ad regimen rationis, ita omnes vires animæ disponuntur per dona in comparatione ad Spiritum Sanctum moventem. Spiritus autem Sanctus habitat in nobis per caritatem secundum illud, Rom. v, 5: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*; sicut et ratio nostra perficitur per prudentiam. Unde sicut vires morales connectuntur sibi invicem in prudentia, ita dona Spiritus Sancti connectuntur sibi invicem in caritate; ita scilicet quod qui caritatem habet, omnia dona Spiritus Sancti habet, quorum nullum sine caritate haberi potest. (1, 2, q. 68, art. 5.)

Gratia ista septiformis, id est septem donorum, amittitur per quodlibet mortale peccatum. Et ideo statutum fuit antiquitus, ut pro quolibet mortali imponeretur penitentia septennis, ut patet 2, 2, q. 1. Prædicandum est scilicet, sicut per peccatum abjicit à se septiformem gratiam Spiritus Sancti; ita per septennem penitentiam satisfaciatur et recuperetur eam. (*S. Ant. tit. X, c. 1.*)

» por qué todas se encierran en estas tres virtudes, de las que son
» una dimanacion ó derivacion ¹ ».

Cuarto, que los siete dones del Espíritu Santo están en oposicion con los siete pecados capitales. « Los siete dones del Espíritu Santo, dice san Antonino, son los siete espíritus enviados al mundo contra los siete espíritus malos de que habla el Evangelio. El don de temor es opuesto al de soberbia; el de consejo, á la avaricia; el de sabiduría, á la lujuria; el de inteligencia, á la gula; el de piedad, á la envidia; el de ciencia, á la ira, y el de fuerza, á la pereza ². »

Esta luminosa idea del gran Doctor nos descubre al momento la profunda razon de los siete dones del Espíritu Santo, y nos manifiesta el inmenso lugar que ocupan en el plan general de la redencion humana. Escuchad : Desde la caida primitiva, un doble espíritu se cierne sobre el mundo y sobre cada hombre que á él llega; estos dos espíritus son : por una parte, el Espíritu Santo, el espíritu de Dios, el espíritu del bien; por otra, el espíritu del mal, el mismo demonio. Voluntariamente ó á pesar nuestro, es necesario de toda necesidad que vivamos bajo la influencia de uno ú otro, y segun seamos conducidos por el Espíritu Santo, ó por el espíritu del mal, nos convertimos en santos ó en réprobos.

Segun revelacion de Nuestro Señor Jesucristo, el espíritu del mal va acompañado de otros siete espíritus mas malos que él, espíritus que conocemos por sus nombres y por sus obras; por sus nombres, el lenguaje humano los llama : el espíritu de soberbia, el espíritu de avaricia, el espíritu de lujuria, el espíritu de gula, el espíritu de envidia, el espíritu de ira y el espíritu de pereza. Por sus obras, pues, son los instigadores de todos los pecados, de todos los desórdenes públicos y privados, y por consiguiente la causa incesante de todos los males del mundo. ¿Quién de nosotros no ha sufrido sus tentaciones? ¿Quién no ha sentido mas de una vez su maligna influencia? ¿Cuál es el crimen

¹ Dona sunt quidam habitus perficientes hominem ad hoc quod prompte sequatur instinctum Spiritus Sancti... Animus hominis non movetur à Spiritu Sancto, nisi ei secundum aliquem modum uniatur: sicut instrumentum non movetur ab artifice nisi per contactum aut per aliquam unionem. Prima autem unio hominis est per fidem, spem et caritatem. Unde istæ virtutes præsupponuntur ad dona, sicut radices quædam donorum. Unde omnia dona pertinent ad has tres virtutes, sicut quædam derivationes prædictarum virtutum. (1, 2, q. 68, art. 4.)

² Hæc dona sunt septem Spiritus missi in omnem terram contra septem Spiritus nequam de quibus dicitur, *Matth. xii*: Vedit Spiritus immundus et assumit septem Spiritus nequiores se et ingressi habitant ibi. Donum timoris expellit superbiam... Donum pietatis expellit Spiritum invidiæ... Spiritus scientiæ repellit Spiritum iræ... Spiritus consilii fugat Spiritum avaritiæ... Spiritus fortitudinis illuminat Spiritum tristem inertiae, quæ propter tedium laboris subterfugit viriliter bona operari... Spiritus intellectus removet Spiritum gulæ... Spiritus sapientiæ obruit Spiritum luxuriæ... (*Summ. theol. tit. X, c. 1, § 4; de Donis Spiritus Sancti*, edit. Venet. 1681.) Véase tambien san Bernardo, t. I, pág. 23, 43, edic. de Paris, 1843,

que no pueda, que no deba ser atribuido á uno de estos siete espíritus corruptores de la raza humana? Tal es el espíritu del mal que se cierne sobre el mundo y sobre todos nosotros : es evidente que el hombre abandonado á sí mismo es muy débil para resistirle; testigo sino la conducta de los particulares y de los pueblos que se sustraen á la influencia del Espíritu Santo.

Así, la revelacion nos muestra al Espíritu Santo viniendo en auxilio del hombre con siete potencias, opuestas á las siete fuerzas del espíritu malo. Estos siete espíritus auxiliares nos son igualmente conocidos por sus nombres y por sus obras. Por sus nombres, el lenguaje católico los llama : el espíritu de temor de Dios, el espíritu de consejo, el espíritu de sabiduría, el espíritu de entendimiento, el espíritu de piedad, el espíritu de ciencia y el espíritu de fortaleza. Por sus obras, pues, son los instigadores, los promovedores de todas las virtudes públicas y privadas, la causa incesante de todos los bienes del mundo, de modo que no hay ninguno, en el orden sobrenatural al menos, que no deba serles atribuido. Tal es el Espíritu Santo que se cierne sobre el mundo y sobre todos nosotros.

Para decirlo todo en dos palabras : el hombre caido es un enfermo con siete heridas mortales, un soldado débil continuamente atacado por siete enemigos formidables. El espíritu de los siete dones es el supremo médico del enfermo, en cuanto le proporciona los siete remedios exigidos por sus llagas, el poderoso auxiliar del soldado, en cuanto pone á sus órdenes siete fuerzas opuestas á las siete fuerzas enemigas. ¿Es posible dar mas clara explicacion de los siete dones del Espíritu Santo, inspirar por ellos una mas alta estimacion, hacer concebir al mundo y á cada uno de nosotros un deseo mas ardiente de recibirlos, al mismo tiempo que un temor mas vivo de perderlos?

Explicuemos ahora estos siete maravillosos dones y manifestemos su oposicion con los siete pecados capitales.

El temor es un don del Espíritu Santo que imprime en nuestra alma un gran respeto hácia Dios, un extremado terror hácia sus juicios y un gran horror hácia el pecado. Fácil es conocer que este saludable temor está en oposicion con la soberbia, cuyo remedio es. ¿Qué hace la soberbia? Nos envanece, nos eleva, nos conduce á la idolatría de nosotros mismos, nos vuelve presuntuosos, arrogantes, y debilitando en nosotros el temor de Dios, nos hace accesibles á todos los demás temores. El don de temor, por el contrario, nos hace pequeños bajo la mano de Dios, humildes, modestos, amables para con el prójimo; haciéndonos temer solo á Dios, nos libra del temor *mundano*, que muchas veces nos arrastra á ofender á Dios, antes que perder nuestra fortuna, nuestros empleos, nuestro dinero; del temor *carnal*, que nos hace caer en el pecado para evitar las incomodidades, las enfermedades ó la muerte; del temor *servil*, que nos convierte en tristes